

DOCUMENTO

CARTAS PARA NAVEGAR

Nro. III

En la obra "El Orinoco Ilustrado y Defendido"
del P. José Gumilla S.I.

Comentario inicial del P. José I. Urquijo s.j.

La Sección Documentos de nuestra Revista, recoge o se hace eco en cada número de alguno o algunos de los documentos más importantes de la actualidad laboral del país o de su pasado histórico. El responsable de la Sección elabora una breve descripción del Contexto Histórico que rodeó a la publicación del documento escogido para ser incluido en la misma. A continuación señala la Fuente en la cual obtuvo el documento y luego reproduce el texto con toda fidelidad. Ocasionalmente, termina su presentación con una crítica somera del contenido del documento.

En este número, nos ha parecido interesante reproducir las recomendaciones que el célebre misionero jesuita del Orinoco, P. Gumilla, da a sus compañeros de trabajo, en un capítulo de su libro sobre "El Orinoco Ilustrado y defendido", que lleva por nombre "Carta de Navegar", para acertar en la tarea de persuadir a los indios a que no abandonen el poblado donde se han congregado con ayuda de los misioneros, a fin de superar el nomadismo y alcanzar mejores condiciones de vida.

El texto es de especial importancia para entender el trabajo del P. José del Rey Fajardo sobre "La Búsqueda del bien social a través de un Proyecto Religioso Cultural: las Misiones Jesuíticas en la Orinoquia" (1661-1767).

CONTEXTO DEL DOCUMENTO

Sirve de Contexto a este Documento, la excelente descripción que el Historiador de Número de la Academia Venezolana de La Historia, José del Rey Fajardo, nos hace de la Misiones Jesuíticas de la Orinoquia..

FUENTE

Presentamos las fuente del Documento con la diagramación que inicialmente hicieron los editores de la obra del P. Gumilla, en el Madrid de 1741, si bien hemos utilizado la reedición llevada a cabo en Venezuela por la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia (68) en la serie Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Italgráfica S.A., Caracas, 1993.

EL ORINOCO
ILUSTRADO,
HISTORIA NATURAL,
CIVIL, Y GEOGRAPHICA,
DE ESTE GRAN RIO,
Y DE SUS CAUDALOSAS VERTIENTES:
GOBIERNO, USOS, Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS
Fus habitantes, con nuevas, y utiles noticias de Animales, Arboles,
Frutos, Aceytes, Refinas, Yervas, y Raíces medicinales: Y fobre
todo, se hallarán converfiones muy fingulares a nueftra Santa
Fe, y cafos de mucha edificacion.

ESCRITA
POR EL P. JOSEPH GUMILLA, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,
Misfionero, y Superior de las Mifiones del Orinoco, Meta, y Cafanare,
Calificador, Consultor del Santo Tribunal de la Inquifision de Carta-
Gena de Indias, y Examinador Synodal del mifmo Obifpado, Provincial
que fué de fu Provincia del Nuevo Reyno de Granada, y actual
Procurador a entrambas Gurias, por fus dichas Mifiones,
y Provincia.

IHS

Año 1741.

CON LICENCIA. En MADRID: por MANUEL FERNANDEZ, Impref-
For de la Reverenda Camara Apoftolica, y Librería; frente la
Cruz de Puerta Cerrada.

TEXTO DEL DOCUMENTO

CARTA DE NAVEGAR

III. Máximas prácticas

Para mayor claridad pongo por ejemplar lo mismo que sucede con frecuencia; y es el caso que después de establecido un numeroso pueblo, recogidas sus familias a fuerza de trabajos y afanes de entre aquellos dilatados bosques, y fundado ya en el sitio que ellos han escogido, repentinamente se alborotan, levantan el grito y tratan eficazmente de volverse a sus selvas y madrigueras, solo porque un viejo taimado o una vieja funesta ha soñado aquella noche algún desatino, v. gr., que el Padre los juntó allí para engañarlos y llevárselos a otra parte; que ha llamado a sus enemigos, para que cogiéndolos descuidados, los hagan esclavos, u otro delirio semejante que, o el demonio o la natural fantasía, les ha sugerido en sueños. Estos golpes son los que hieren en lo más vivo del operario, por lo que ha de emplear en ellos toda su prudencia.

Su primera máxima debe ser hacer el ánimo a que han de suceder éstas y perores turbaciones, para las cuales debe prevenirse de antemano, negociando con Dios la perseverancia de aquellas gentes, procurando cada día ganar más y más la voluntad de todos y en especial la del cacique y de aquellos que sobresalen entre ellos con algún séquito.

La segunda es que, llegado el caso, no se perturbe, sino esté muy sobre sí, sin dar muestras de sobresalto, y, sobre todo, no dar la menor seña de enojo, porque de no, en lugar de apaciguar los ánimos inquietos, aumentará el alboroto. Aquí es donde se ve y verifica lo literal de aquella divina sentencia: *In patientia vesta possidebitis animas vestras*; y las almas de los prójimos también se aseguran.

La tercera es el recurso a Dios, con una firme confianza de que Su Majestad, con aquel turbión, ha de dar mayor firmeza y constancia a los pobres indios, al modo que el viento recio hace que se arraiguen más las plantas. Válgase en estos lances y siempre de la intercesión de los párvulos de aquellas naciones que con el santo bautismo volaron al cielo, que éstos pueden mucho para con Dios, y sabemos que el grande apóstol San Francisco Javier se valía de ellos en sus mayores congojas.

La cuarta, fortificado así el ánimo y clamando interiormente al señor y a los ángeles de guarda de aquellas gentes, pase a hacer sus diligencias con la mayor suavidad y con palabras de amor y compasión; porque ello es así, y es tan delicado el genio de los indios silvestres, a causa de su natural timidez, que no sólo en estas ocasiones de alboroto, sino también en tiempo pacífico, una palabra áspera basta para que todo un pueblo se retire, de lo cual no faltan lastimosas experiencias. En este presupuesto, pase lo primero a indagar de cacique y de su mujer la causa de aquella novedad; ponga especial cuidado en convencer y ganar la voluntad de la cacica, que ésta con facilidad convencerá luego a su marido, y ambos a dos, ella a

las mujeres y el cacique a los hombres, consiguen más en una hora que el misionero en todo el día. Y lo segundo tenga por entendido que, fuera de ser las mujeres indianas más piadosas que sus maridos, son también más fáciles de convencer, por el especial y sumo trabajo que les acarrea semejante fuga, a causa de que, fuera de la carga de llevar y cuidar de sus hijos pequeños, les toca a ellas cargar el bastimento, poco o mucho, y los trastos ordinarios, que son olla, platos y otras cosas; y así convencidas a poca costa las mujeres, éstas ponen en razón a sus maridos.

La quinta máxima, habida ya la noticia del motivo del alboroto y del que lo motivó, deshaga el engaño con la mayor claridad y sosiego que pueda, y luego que vea ya enterado de la razón al cacique y a su mujer, envíelos a que instruyan al motor del ruido; y entre tanto pase a desengañar las cabezuelas más principales de la población, siempre con sosiego, rostro alegre y en la forma dicha.

La sexta, si los indios perturbados se juntan en la plaza o en alguna casa particular, como sucede de ordinario, entonces no conviene hablar con todos, ni en tono de sermón, porque no conseguirá cosa de provecho, y la razón es porque en tales circunstancias se ha aminorado en ellos el respeto, amor y reverencia para con el operario; y como tiran a ausentarse de él, crían ánimo, y todos a un tiempo quieren responder a lo que les dice y propone, con lo cual, en lugar de minorarse, crece y va más allá la confusión. Debe, pues, acercarse al cacique, instar a que él y los más principales indios se asienten, trate con el sosiego ya dicho sobre la materia y verá cómo los demás indios callan y oyen con atención lo que se trata con los principales y lo que ellos responden; con el seguro de que, apaciguados los primeros, se dan por convencidos los restantes.

La séptima máxima, y de mucha importancia, es que en todos estos lances no haga hincapié en alegar razones fuertes y de peso para convencer a aquellas gentes; busque razones caseras, insista en ellas, y, según ellos usan, repítaselas muchas veces; verbigracia: el trabajo que con su temeridad causarán a sus mujeres en tales caminos; el peligro de muerte a que exponen a sus hijos pequeños, que enfermarán, ya por los calores del sol, ya por el rigor de las lluvias; el riesgo y fatiga a que exponen a sus ancianos y enfermos en tan arduo viaje; que dejan sus sementeras y el sudor de su trabajo perdido, y que van a trabajar de nuevo y a padecer mucha hambre hasta coger nuevos frutos, etc. Estas razones perciben y les hacen fuerza; y tal vez una friolera les causa más armonía que un argumento fuerte, porque su capacidad no alcanza más. Pongo sólo el caso siguiente para prueba de lo dicho:

El año 1719 soñó un viejo, beyote de nación, que yo me volvía a España aburrido de sus cosas. Conmovióse luego todo el pueblo, juntáronse en la casa del cacique con sus canastos de víveres y sus muebles para tomar el camino de sus bosques. Pasé al congreso, tomé asiento junto al cacique y quedaron todos en profundo silencio. Callé también de industria un buen rato, y luego me quejé de que la señora cacica no me traía de beber, faltando a esta ceremonia y costumbre, entre

ellos inviolable. Trajo la bebida sin hablar palabra, y después de brindar a la salud de todos pregunté al cacique la causa de aquella junta y de aquella prevención de bastimentos, a que respondió: "Quaja ranumaycá; ujumauju ajabó janunaybi afocá". Esto es: "Nosotros nos vamos a los bosques porque tú te vas a tu tierra". Mucho tiempo gasté de balde alegando razones fuertes, y no hallando ya por dónde ni cómo convencerlos, clamé a San Francisco Javier que me favoreciese en aquel aprieto; dejé los argumentos y pregunté al dicho cacique familiarmente de cómo había y de pasar por un mar tan grande para volver a España. "En la embarcación en que viniste -dijo- te volverás". "No puede ser - repliqué yo - porque ya os tengo dicho que aquella embarcación llegó al puerto maltratada y que la desbarataron". (Y en efecto fue así porque aquel navío se abandonó por viejo). Entonces el cacique convencido con esta friolera, se puso en pie, y con rostro alegre dijo a sus indios: "Ea, bien estamos, váyanse a sus casas y vivan sosegados, porque el Padre no tiene canoa para volverse a Estaña". Así lo hicieron, y con una pregunta tan desproporcionada como ésta se desvaneció aquella borrasca, en que se iban a perder muchas almas lastimosamente.

En fin, sucede a los principio que cuando el misionero menos piensa halla por la mañana el pueblo solo y que se han huido todos los indios o parte de ellos; golpe es éste de los más sensibles, en el cual, supuesto el recurso a Dios Nuestro Señor, si se han ausentado todos, debe tomar su ornamento de decir misa y seguir la huella de los fugitivos hasta alcanzarlos, y en llegando, darles a entender que él se va con ellos porque son sus hijos y porque Dios así lo manda: conviene quejarse amorosamente de que no le hubiesen avisado su determinación, con la cual se hubiera prevenido de anzuelos, arpones y otras cosas de que ellos necesitan; y dicho esto, cuelgue su hamaca y échese a descansar sin hablar ni entremeterse en las disputas que ellos entre sí levantan, porque los unos se arrepienten y quieren volver a su pueblo, los otros porfían que han de pasar adelante, y por último, cuando ya están fatigados y cansados de altercar, levántese, y después de ponerlos en paz repita las mismas razones que oyó a los que quieren volver a su pueblo y otras que le ocurran, según dije arriba, y no dude que se volverá con todos al pueblo. Si sólo se han ausentado parte de ellos, para seguirlos tome algunos de los mejores que han quedado y siga el método propuesto.

COMENTARIO FINAL

Mucho se ha hablado de las Reducciones del Paraguay, una de las famosas de Ibero-América, aun cuando existieron otras no menos importantes. Lo que resulta interesante, a la luz del fragmento tomado de la obra del P. José Gumilla, es la gran dificultad que encontraban los jesuitas para realizar su Proyecto Religioso Cultural, como lo llama el P. del Rey Fajardo, concentrando a los indios en poblados de forma que pudieran desarrollar una cultura del trabajo organizado tan necesaria no sólo para elevar su nivel de vida sino sus capacidades y destrezas.

